

# Paulina López Pita

## Elogio<sup>1</sup>

*Manuel Fernando Ladero Quesada*  
UNED

Se dice que solamente los poetas son capaces de cabalgar sobre la tristeza hasta convertirla —una vez domada— en belleza y esperanza. Lamentablemente yo no lo soy, así que tendré que apoyarme en lo que algunos de ellos han dicho para que estas breves palabras resulten más de consuelo que de dolor.

Durante más de cuatro décadas he compartido mi vida con Lina de manera casi cotidiana. Si algo puedo decir con rotundidad es que de ella, en todo ese tiempo, solo he recibido cosas buenas.

Como dice la letra de un viejo bolero:

¡Cuántas cosas quedaron prendidas  
Hasta dentro del fondo de mi alma!  
¡Cuántas luces dejaste encendidas!

Precisamente en estos días se cumplen cuarenta y cuatro años del momento en que nos conocimos cuando, en las postrimerías de 1980, llegué a esta casa. Fue un aterrizaje un tanto movido (de esos que te dejan sin ganas de montar en avión por una temporada). Sin embargo, allí — como quien dice al pie de la escalerilla — estaba Lina. En esa lotería que es el mundo laboral, aunque entonces yo aún no lo sabía, me acababa de tocar el premio gordo para toda la vida.

---

1 Pronunciado en el Acto de Homenaje celebrado en la UNED el 18 de diciembre de 2024.

Desde el primer momento puso sus cartas encima de la mesa: amistad incondicional, generosidad y simpatía a raudales. Se convirtió en mi mentora, en muy poco tiempo me enseñó todo lo que había que saber para desenvolverse en esta Universidad. Además de muchas otras cosas sobre esta ciudad, para mí prácticamente desconocida entonces. Una UNED muy diferente a la actual, a la que incluso el calificativo de analógica le viene grande; era más bien artesanal y, por añadidura todavía poco conocida y escasamente valorada a pesar de que ya tenía una notable implantación territorial.

Lina me explicó la importancia de la tarea que teníamos por delante. Eso tan repetido pero tan cierto de proporcionar el acceso a la educación superior a muchas personas que hasta ese momento no lo tenían. Y que para eso era necesario actuar con seriedad, suplir con dedicación la escasez de medios, ser rigurosos y eficaces a la vez que cercanos a unos estudiantes que —desde otra perspectiva— también se estaban adentrando en una realidad poco conocida, ávidos de conocimiento pero también de apoyo y atención.

A partir de entonces —año tras año, curso tras curso— trabajamos codo a codo en las tareas docentes. Todavía no hace mucho —en vísperas de mi jubilación— comentábamos, medio en broma, medio en serio, el hecho de que probablemente habíamos transmitido los rudimentos del mundo medieval a más estudiantes que todos los colegas de las demás universidades juntos. Y, no voy a negarlo, creo que los dos sentimos una pequeña punzada de orgullo satisfecho.

Porque además nunca vi a Lina abdicar de esos principios iniciales, nunca la vi rehuir el trabajo, todo lo contrario, su nivel de auto exigencia la impulsaba a ocuparse de tareas que no necesariamente le correspondían. Siempre generosa, siempre sin un mal gesto (desde la “trinchera de la alegría” que decía Benedetti). Sinceramente no tengo recuerdo de haberla visto enfadada, si acaso en ocasiones dolida porque alguien no se hubiese comportado con el debido cuidado para mantener la imagen de esta Universidad, especialmente en los exámenes (ella decía que nosotros también nos examinábamos en ellos).

Pero Lina, además de todos esos valores profesionales, tenía una manera de ser que está reservada solo a unos pocos elegidos. Su sensibilidad, su capacidad de comprensión y de empatía hacia los demás eran inagotables. Siempre dispuesta a prestar ayuda a quien lo necesitase: para una sustitución, para un acompañamiento, para un recado o, simplemente para consolar y escuchar. Nunca tuvo reparos en ponerse su particular uniforme de la UME (Unidad Maternal de Emergencia). Me consta que muchos de los presentes pueden asegurar que no estoy exagerando ni un ápice.

Pessoa escribió que “el amor es una muestra mortal de la inmortalidad”. Lina lo distribuyó a manos llenas entre muchas personas. De manera que creo que pode-

mos dar por hecho que tiene un lugar de honor reservado allí donde muchos —entre los que me encuentro— creen que reside realmente la inmortalidad: en la memoria de los que te han conocido y querido.

Concluyo ya (si puedo).

Querida Lina:

He tenido la suerte y el enorme privilegio de recorrer la vida a tu lado durante muchos años. Muchas compañeras y compañeros de esta casa —en mayor o menor medida— también. Si me lo permiten —en nombre de todos— me despido y lo hago con el título de ese bolero que antes mencionaba.

Mi amiga, mi querida compi,

Allá donde estés:

¡OJALÁ QUÉ TE VAYA BONITO!

